

«Marcia su Roma» y alrededores

Libros Por Fabrizio Cossalter.

El 28 de octubre de 1922, los figurantes dieron comienzo a la función, respetando los tiempos, las acciones y los lugares contemplados por el guión de Benito Mussolini -el antiguo socialista revolucionario, hijo de un herrero de Predappio-, que entraría en escena tan sólo durante el tercer acto -tras la travesía de la península y el asedio simbólico de la capital por parte de sus comparsas en camisa negra- para recibir de las manos de Vittorio Emanuele III la investidura legal y así convertirse en primer ministro del Reino de Italia. La forma en que el fascismo alcanzó el poder - con la escenificación de un golpe de Estado y el inevitable desenlace institucional de la marcha sobre Roma- alumbra con extraordinaria nitidez los rasgos específicos del nuevo régimen in fieri, a saber, la mezcla de teatralidad y política, de violencia y consenso, el fetichismo de la nación reunida alrededor de su Dux y la autoridad carismática de un «hombre de la Providencia» destinado a dominar a lo largo de dos décadas el paisaje real e imaginario de los italianos.

Estados de ánimo. En esta ágil síntesis interpretativa Donald Sassoon dibuja el complejo entramado de circunstancias coyunturales, procesos estructurales, talantes y estados de ánimo que facilitó el advenimiento del fascismo: la falta de legitimación de una clase dirigente anacrónica; los profundos cambios sociales provocados por la Primera Guerra Mundial; el miedo al «peligro bolchevique» tras las amenazas revolucionarias del «bienio rojo»; el revanchismo de la multitud de oficiales y soldados organizados en las asociaciones de ex combatientes; la brutal reacción anticampesina de los terratenientes y de su brazo armado, las cuadrillas de matones en camisa negra.

Frente al irreversible crepúsculo del sistema liberal, incapaz de sobrevivir a un seísmo de la magnitud de una guerra mundial, Mussolini -periodista de raza y apasionado lector de Gustave Le Bon, Georges Sorel y de los teóricos de la «férrea ley de las oligarquías»- dio muestra de indudables dotes de

intuición y pragmatismo, supo utilizar todos los recursos de la vieja y la nueva política y aprovechó las oportunidades favorables que la crisis de la posguerra le ofrecía, fomentando los excesos de los fascistas radicales por un lado y alentando a las élites moderadas por el otro.

Un «Yo» italiano. La Gran Guerra no sólo había constituido un potente multiplicador de los fenómenos de agregación social, marcando la aparición de las masas en la vida pública, sino también había recompuesto algunas fracturas históricas, generando por primera vez un «yo» colectivo, un «yo» italiano: así pues, en un país dotado de un sentimiento de identidad nacional históricamente frágil y caduco, los lazos de solidaridad colectiva trabados a lo largo del conflicto aparecían a ojos de la burguesía intelectual filo-nacionalista como la virtud más relevante para el futuro de la nueva Italia forjada en las trincheras. La firmeza y la intransigencia con las que el movimiento fascista sofocó las agitaciones obreras y campesinas -anti-patrióticas en cuanto «clasistas» e «internacionalistas»- despertaron entonces la simpatía incondicional de estratos sociales ideológicamente alejados del aún vago e incierto programa político de Mussolini.

En efecto, la benévola disposición hacia los fascistas de la mayoría moderada radicaba en el hecho de que éstos parecían actuar como una asociación patriótica antes que política, aglutinando ideales e intereses heterogéneos en un proyecto hegemónico de recomposición nacional-populista.

El autor examina con perspicacia los diferentes matices del triunfo fascista, analizando las múltiples complicidades que lo respaldaron y dibujando el perfil político del futuro «duce» de los italianos. La mayor habilidad de Mussolini estribó en su capacidad de construir una versión narrativa entrelazando distintos tópicos del pasado italiano: la fuerza plástica de la imagen de una nación joven, viril y valiente, fraguada por las altísimas temperaturas de la Gran Guerra, a floraba en los discursos de quien estaba intentando otorgar la legitimidad de un cometido histórico a su propia acción.

Civilización imperial. Entregada a borrar cualquier huella de la vieja Italia liberal y a reivindicar frente al mundo los derechos «naturales» de una civilización imperial, veinte años después la nueva Italia fascista se derrumbó junto a su artífice en el trágico desastre de la participación en la Segunda Guerra Mundial. Sólo entonces se quebró la identificación simbólica entre el pueblo italiano y el cuerpo carismático de Mussolini, ese

mismo cuerpo que, colgado de una torre de la gasolinera de Piazzale Loreto el 29 de abril de 1945, representaría el emblema de la victoria antifascista y el mito fundacional de la historia republicana.